

ACTO CUARTO

Sala baja en el Hospital y Casa de Maternidad de Santa Madrona, de construcción ojival.—A la derecha, la entrada de la iglesia con escalinata de cuatro ó cinco peldaños.—En el lienzo del fondo, á la izquierda, rompimiento de arco ojival que da paso al claustro, del cual se ve una parte.—A la derecha, frente al espectador, puerta pequeña de una estancia, en la cual se verá, cuando se indique, mesa puesta como para un refresco.—A la izquierda, dos puertas: una de ellas conduce á las cocinas y dependencias del establecimiento, las cuales se supone están en el sótano.—Mesa y sillas.—Es de día.—Antes de alzarse el telón, oyesse música de órgano, que continúa durante la escena primera.

ESCENA PRIMERA

JORDANA, *de frac*; dos HERMANAS DE LA CARIDAD;
después LA MARQUESA.

HERMANA 1.^a

Todo está dispuesto.

JORDANA

No olvidar los ramos para las señoras. Cuidadito con el servicio del *buffet*. ¿Han traído el *champagne* y los licores?

HERMANA 1.^a

Sí, señor. (*Retiranse, y Jordana las llama.*)

JORDANA

Ya saben que á los chicos se les da una merienda...

HERMANA 2.^a

Y un extraordinario á los convalecientes.

JORDANA

Justo.

HERMANA 1.^a

Nada faltará, señor don Manuel. Esté tranquilo. (*Vanse las Hermanas.*)

LA MARQUESA, *entrando presurosa é inquieta, como buscando á alguien.*

¡Ah!... Jordana. ¿Ha visto usted á mi hijo?

JORDANA

¿Daniel? Sí; en la iglesia entró hace un momento... ¡Pero qué pronto han venido ustedes! Esto se llama puntualidad.

LA MARQUESA

Se llama anticipación. Yo suelo anticiparme para coger un buen puesto.

JORDANA

Usted lo tiene siempre. Dispéñeme, señora Marquesa. Tengo que dar órdenes... (*Mirando por la puerta de la iglesia.*) Ya le tiene usted ahí. (*Vase Jordana por el fondo.*)

ESCENA II

LA MARQUESA, DANIEL, *que sale de la iglesia poniéndose el sombrero. Calla el órgano.*

LA MARQUESA

Pronto te has cansado, por cierto. El hermoso ritual, que antes era tu delicia, te aburre ya.

DANIEL, *con desabrimiento.*

Sí, me fastidia, me causa pena. No sé qué siento, ni qué nueva crisis es ésta por que pasa mi espíritu, después de la horrible escena de anteayer en la fábrica.

LA MARQUESA

Horrible, sí (*alarmada*); pero sin consecuencias.

DANIEL

Salvo la gran enseñanza que me ha traído. (*Asombro de la Marquesa.*) Sí; aquel arrebato, en que á punto estuve de cometer un homicidio, ha sido para mi revelación del mayor engaño de mi existencia. Te lo diré más claro. Yo creía sujetas y para siempre vencidas mis pasiones; creíme llamado á una vida pura y á la gloriosa obscuridad del estado eclesiástico... ¡Mentira, farsa! Un instante de cólera ciega destruyó la

ilusión en que por tantos meses he vivido. Fué como el despertar de un estúpido sonambulismo. Aquel sacudimiento me hizo volver en mí; y al resquebrajarme, como la tierra después de un terremoto, salieron otra vez las pasiones, los deseos desordenados, todo mi ser antiguo... Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio del espíritu para engañarse á sí propio... transformación mágica de mi idolatría por esa mujer; idolatría que no disminuye, más bien aumenta, al dejar de creerla celestial.

LA MARQUESA, *asustada*.

¡Hijo mío, por Dios!... Desecha esas ideas...

DANIEL

En fin, mamá, ya no seré religioso. Me lo impide este nidal de serpientes que en mí he descubierto, que ya me invaden, me cogen por aquí y por allá. Están hambrientas, y en un instante se han comido todo el misticismo que encontraron dentro de mí.

LA MARQUESA

Pues mejor. Sosiégate. (*Acariciándole.*) ¡Daniel, hijo mío!...

DANIEL, *con efusión*.

Madre querida, necesito revelarte todo lo que

siento, todo, todo, hasta lo más horrible. ¿Á quién sino á ti puedo y debo descubrirme por entero?

LA MARQUESA

Sí, dímelo todo. Yo te consolaré.

DANIEL

La salida de Victoria de la casa conyugal me trae un nuevo sacudimiento, un nuevo trastorno. ¡Increíbles fases de la pasión en nuestra alma, según se nos va presentando la persona que la inspira! ¿Ella religiosa? yo también. ¿Ella casada? yo demente... y por fin...

LA MARQUESA, *asustada*.

¿Qué quieres decir?

DANIEL

Que al verla huir de su tirano pensé que me amaba; creí que me sería fácil arrastrarla á la infidelidad...

LA MARQUESA, *horrorizada*.

¡Hijo mío, tú, tú, tan piadoso... tan bueno...!

DANIEL, *con exaltación*.

¿Piadoso yo? ¡Vana, ridícula ilusión! Con ella, con Victoria... me gustaría el Infierno.

LA MARQUESA

Calla... Temo por tu razón...

DANIEL

Satanás entró en mí... Aquí, aquí le tengo. Si Victoria confirmase con una palabra el ansia que me devora, huiría con ella al último confín del mundo.

LA MARQUESA

¿Y me abandonarías? ¿Abandonarías á tu madre?

DANIEL, *después de vacilar.*

Sí... ya ves cómo no te oculto nada, ni lo más indigno.

LA MARQUESA, *llorando.*

¡Increíble ingratitud!

DANIEL, *abrazándola cariñosamente.*

No, no temas. Ya no hay peligro.

LA MARQUESA

¿Por qué?

DANIEL

Porque esa palabra, que á las mayores locuras me lanzaría... Victoria no la ha pronunciado (*con profunda amargura*), ¡ni la pronunciará! Acerquéme á ella ayer, muerto de ansiedad. Su mirada, el timbre de su voz, sus palabras terminantes, me revelaron los sentimientos que le inspiró... Nada; una afabilidad compasiva, que me dejó helado, yerto... arrancándome hasta la úl-

tima esperanza. Ni por el camino del bien, ni por el del mal, ni por Dios, ni por Satán, será mía esa mujer... Y esta firme persuasión me convierte en un ser mecánico... Un resto de razón me dice que debo vivir, y volver á la vida seglar y ordinaria, al trabajo y á las obligaciones.

LA MARQUESA

Eso... eso... ¡Gracias á Dios!... Victoria no te ama. Es casada y virtuosa. No pienses en ella, no te dejes tentar del demonio maldito.

DANIEL, *con profunda tristeza.*

¡Ay! Si no te hubiera tenido presente en mi alma, ayer, después de la entrevista con Victoria, me habría quitado la vida.

LA MARQUESA, *abrazándole conmovida.*

No digas tal... ¡Ay, me matas!

DANIEL

No temas... Debo vivir para ti, madre querida... Verás, verás cómo me porto. En un par de años de bufete ganaré lo bastante para comprarte una finquita mejor que el Clot.

LA MARQUESA, *con amargura.*

¡Ay, no me recuerdes el bien perdido!

DANIEL, *exaltándose.*

¡Vil, execrable usurero, publicano infame!

LA MARQUESA, *calmándole.*

No le nombres... calla. Víctimas inocentes, condenamos al olvido á nuestro verdugo.

DANIEL

No puedo olvidarle, no puedo. Es mi pesadilla, mi idea dominante. Amarga savia de mi existencia, es el odio que le tengo... Y si me tropiezo con él otra vez, si me provoca, aunque sólo sea con su mirar insolente, soy hombre perdido.

LA MARQUESA

Por Dios, no me asustes... Mira, hijo; conviene que nos volvamos pronto á Barcelona...

DANIEL

¡Oh! sí, mañana...

LA MARQUESA

Esta tarde misma... ¿Quieres?

DANIEL

Sí... Sácame de este suplicio, de este peligro inmenso.

ESCENA III

Dichos. JORDANA

LA MARQUESA

¿Pero cuándo empieza esto, Jordana?

JORDANA

Son las tres, señora.

LA MARQUESA

¡Qué satisfacción sentirá usted al convocar á sus amigos para ceremonia tan bella en este soberbio edificio...!

DANIEL

Habrá usted perdido la esperanza de que ese sátrapa de Cruz lo termine.

JORDANA

Las perdi; pero las he recobrado otra vez. Yo no desmayo; yo siempre espero. (*En tono confidencial.*) Ya tienen ustedes noticia de la disidencia matrimonial.

LA MARQUESA

Sí.

JORDANA

Yo aspiro á conseguir la reconciliación.

DANIEL

¡Usted!...

JORDANA

Sí; me meto á componedor y á diplomático, con la esperanza de que mis buenos oficios se me paguen en ladrillo contante y sonante, ó en sillería.

DANIEL

¡Ay, qué inocente!

JORDANA

No tanto como usted cree. He descubierto que el publicano ama locamente á su mujer... Anoche me le encontré en un estado de locura que daba miedo. Rugía como un tigre de malas pulgas, y toda silla en que se sentaba se partía en sin fin de pedazos. Tizado y suduroso de haber andado en los hornos de la fábrica, con la blusa hecha jirones, que agrandaba clavándose las uñas en los brazos, era la estampa de un Lucifer de la clase obrera, enviado del Infierno para traernos la nivelación social. Su fuerza física parece duplicarse con la cólera que arde en su pecho hercúleo, y esta mañana... á un infeliz capataz que no entendía sus órdenes, le cogió... así... y ¡zás! al estanque de remojo.

LA MARQUESA

¿Y le tiró?

JORDANA

Como que por poco se ahoga. Hoy ha despedido á mucha gente. La mitad de los operarios en la calle.

DANIEL

Es un castigo del cielo ese hombre.

JORDANA

Hoy no se oyen en la fábrica más que llantos, gemidos, imprecaciones. Parece aquello el cautiverio de Babilonia.

UNA HERMANA DE LA CARIDAD, *entrando por la puerta pequeña del fondo. Esta queda abierta, y por ella se ve mesa puesta como para un refresco.*

Don Manuel, á ver si la mesa está á su gusto.

JORDANA

Voy en seguida. (*Vase la Hermana de la Caridad.*)

ESCENA IV

Dichos. MONCADA, *que entra por el claustro; después* DOÑA EULALIA *y* JAIME.

MONCADA

Ya estamos aquí.

JORDANA

¿Y Victoria?

MONCADA

Con las señoras de Fiol, visitando la sala de expósitos.

JORDANA

Corro allá.

MONCADA, *deteniéndole amistosamente.*

Una palabra... (*Hablan aparte.*)

EULALIA, *con Jaime, por el claustro.*

Esto va largo.

JAIME

Hay bateo para toda la tarde.

EULALIA

Y á mis sobrinos les da por visitar ahora la sala de incluseros. No me divierten los chiquillos, ni aun aquellos que no tienen quien les haga mimosos.

LA MARQUESA, *saludándola.*

Eulalia, felices...

EULALIA, *estrechando la mano á la Marquesa y á Daniel.*

Me han dicho que este demonio de Jordana ha decorado la iglesia con una magnificencia asiática.

LA MARQUESA

Entremos á verla. (*A Daniel.*) Ven tú también. No quiero que te separes de mí.

JAIME

Yo lo doy por visto.

EULALIA, *queriendo llevarle.*

¿Qué dice el incrédulo, qué dice la Materia?

JAIME

Que está siempre á disposición del Espiritu. (*Le da el brazo. Los cuatro entran en la iglesia.*)

ESCENA V

MONCADA, JORDANA

MONCADA

¡Cuánto me alegraría de que sus negociaciones, amigo Jordana, tuvieran un éxito feliz! Francamente, esa separación no me gusta.

JORDANA

Ante todo, Cruz quiere tener una entrevista con usted.

MONCADA

Pues cuando guste. ¿Debo ir allá?

JORDANA

Quizás puedan verse aquí. Rechazó con malos modos mi invitación... Pero me puse tan pesado y tan fastidioso, que al fin pude arrancarle la promesa de venir, por supuesto, dándole las seguridades de que no habrá himno, ni memorial presentado por las señoras, ni discurso mío, ni nada de lo que él llama mojiganga.

MONCADA

Dudo que venga, á pesar de ese cambio en el programa.

JORDANA

Por si acaso, iré á buscarle. (*Mirando su reloj.*)
No; ya no puedo. Daré el encargo á mi primo.

ESCENA VI

Dichos. VICTORIA, una HERMANA DE LA CARIDAD,
que entran por el claustro.

JORDANA, á su encuentro.

¡Ah, señora!...

VICTORIA

¿No está aquí Gabriela?

MONCADA

¿Pero no fuisteis juntas á ver á los expósitos?

VICTORIA

Sí; pero allí se nos unieron las de Fiol. Pasamos de sala en sala. Unas bajaban, otras subían. Yo me perdí. Parecióme que Gabriela había bajado al refectorio.

JORDANA

Ya parecerá...

VICTORIA

Sor Agustina ha sido tan amable, que además de acompañarme por el laberinto de pasillos y escaleras, me ha informado de varias cosas que necesito saber.

LA HERMANA

De ropa de cama y envolturas para los niños no estamos bien. ¿Verdad, don Manuel?

JORDANA

Lo mejor será que se le dé nota exacta de lo que tenemos en el guardarropa, de las pensiones de lactancia, del coste anual de cada chiquillo...

VICTORIA

Eso es. Ya me enterarán de todo cuando estemos más despacio.

LA HERMANA

Pues con su permiso... (*Saluda y se retira.*)

JORDANA

Conque... Inspeccionemos el *buffet*.

ESCENA VII

VICTORIA, MONCADA

VICTORIA, *sentándose.*

Cansada estoy de veras...

MONCADA, *observando que Victoria se lleva la mano á los ojos, mareada.*

¿Pero qué tienes?... ¿Te sientes mal?

VICTORIA

No; se me va la cabeza... Me marea tanto subir y bajar escaleras.

MONCADA

Tú no estás bien. No te has repuesto aún del disgustazo del otro día...

VICTORIA

Ya descansaré. Anoche no pude pegar los ojos. Pensaba en el pataleo del pobre animal al encontrarse solo. Además, no se apartan de mi pensamiento las atrocidades que hará separado de mí.

MONCADA

Me ha contado Jordana que anoche, sentado á la mesa sin probar bocado, su cara tétrica daba compasión.

VICTORIA

Echaría de menos nuestra conversación amenísima: «Victoria, ¿apuntaste la partida de los moldes?...» «Sí, hijo...» «Que no se te olvide la rebaja que hemos hecho en los jornales de máquina.» Luego hablamos de si el carbón que nos

da Rius es peor ó mejor que el que nos daba la Compañía Hullera, ó del tiempo favorable ó adverso para las cochuras. ¡Ya ves qué cosas tan divertidas! Pero estas vulgaridades crían costumbre, y en el molde de la costumbre nos vaciamos y nos endurecemos.

MONCADA, *suspirando con profunda pena.*

(¡Pobre hija de mi alma! ¡Y por mí tomó tan pesada Cruz!) Háblame con absoluta sinceridad. ¿Deseas que sea definitiva la separación?

VICTORIA

Te hablaré como á mi confesor. En los primeros momentos, la separación parecióme un bien. Pasados dos días, ya no me lo parece.

MONCADA

¿Volverías?...

VICTORIA, *después de vacilar.*

Sí... La vida con Pepet es árida, trabajosa; pero es vida. Es un batallar constante, aunque sin ruido... Soy yo muy guerrera. Peleo, caigo, me levanto, recibo crueles heridas, me las curo con mi bálsamo de Fierabrás, y otra vez á luchar con el gigante.

MONCADA

(Su grande espíritu la salva.)

VICTORIA

Y te diré más. Hasta que me separé de él no he conocido que hay algo que hacia él me impele. Atracción misteriosa que no comprenderás quizás.

MONCADA

Sí que la comprendo. Y él, por su parte, tampoco se aviene con la soledad. Es que hay seres que no pueden vivir sin tener alguien á quien atormentar.

VICTORIA

Y los hay también que no pueden vivir sin ser atormentados. (*Confusa.*) No sé lo que es esto, y te aseguro que no lo entiendo bien... Pero las cosas muy claras y muy resabidas son para los tontos. Del misterio de las conciencias se alimentan las almas superiores.

MONCADA

Lo que yo veo, hija de mi alma, es que por ley de costumbre, por el trato, por la sugestión misma del deber, que en ti puede tanto, le has tomado cariño á la fiera.

VICTORIA

Quizás...

MONCADA

Cuando aceptaste su mano, mejor dicho, cuando se la pediste tú, en un raptó de exaltación

religiosa, por salvarme, creíste afrontar una vida horrenda de sacrificios y mortificaciones crueles. Luego ha resultado que no es tanto como creías; que aunque no tiene caridad y mira al prójimo como enemigo, á ti te guarda consideración y respeto.

VICTORIA

Cierto. Y he venido á pensar que Dios no quiere que yo sea mártir, que fué una chiquillada pensar en tormentos horribles, y que mi destino es una vida pacífica y monótona, labrando sin cesar aquel campo estéril para obtener de él, poquito á poco, frutos de piedad, y hacer algún bien á los que me rodean. Mis aspiraciones se achican; pero son quizás más prácticas...

MONCADA

En fin, que por una causa ó por otra, la separación te disgusta.

VICTORIA, *levantándose.*

Y aún no conoces todas las razones que me mandan volver allá.

MONCADA, *sorprendido.*

¡Otras razones! Dimelas.

VICTORIA, *con cierta cortedad.*

No... ahora no... (No me atrevo... Gabriela ha quedado en decírselo.)

ESCENA VIII

Dichos. GABRIELA y UNA SEÑORA, que aparecen por una de las puertas de la izquierda. Poco después JAIME y DANIEL, por la derecha.

GABRIELA, en la puerta.

¿Pero dónde te metes? Buscándote hace media hora.

VICTORIA

Pero si os perdisteis... Digo, me perdí yo.

GABRIELA

Hija, no has visto la cocina... ¡Ay, qué cocina!

LA SEÑORA

¡Y qué despensa! No ha visto usted cosa igual. *(Avanzan las dos en la escena.)*

GABRIELA

Ven, ven.

MONCADA

Está fatigada. Dejadla.

VICTORIA

Iré, si hay tiempo.

LA SEÑORA

Venga usted. Es una maravilla de orden y limpieza.

GABRIELA, señalando á la puerta.

Por esta escalera bajamos en un momento. *(Llévase á Victoria.)*

LA SEÑORA

Usted también, don Juan. *(Aparece en la puerta una Hermana, con mandil.)*

MONCADA

¿Yo también?... Vamos allá. *(Aparecen Daniel y Jaime en la puerta de la iglesia.)* Jóvenes, ¿no quieren ustedes admirar las grandiosas cocinas?

JAIME

No, señor; las admiraremos sin verlas... cuando nos sirvan el rancho.

MONCADA

Abur. *(Vase con la Señora por la izquierda.)*

JAIME

¿Sabes que me da en la nariz olorcillo de guisote?

DANIEL

De componenda, quieres decir. Jordana es un buen repostero y prepara el pastel.

JAIME

¿Qué piensas tú? ¿Tienes la reconciliación por imposible?

DANIEL

No. Triunfarán las leyes, la moral...

JAIME

¡Las leyes, la moral, la religión!... Todo este conjunto artificioso es el soberano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza.

DANIEL

Tienes razón. ¡Pero la Naturaleza pareceme á mí que ha perdido también los papeles, y hace cada disparate...! En fin, declaro que me aburro aquí soberanamente.

JAIME

Yo también. Pero no puedo marcharme. Esposo amante, no sé vivir separado de mi cara mitad, y corro tras ella. (*Dirigese á la puerta de la izquierda.*)

DANIEL

¿Dónde estará mi madre? (*Como espantado de verse solo.*) No puedo estar solo... ¡Me tengo miedo! (*Al dirigirse al claustro, ve á Cruz y Jordana, que llegan despacio, el segundo como enseñando al primero el edificio.*) ¡Ah! ¡el monstruo!... Ya no me voy.

ESCENA IX

DANIEL, CRUZ, JORDANA; *después una HERMANA DE LA CARIDAD.*

JORDANA, *asustado.*

(¡Daniel aquí!)

CRUZ

(¡El clérigo!) (*A Jordana, con desabrimiento.*) Y en fin, ¿para qué me trae usted aquí? (*Daniel y Cruz se miran con rencor.*)

JORDANA

Señores, yo les ruego... Por Dios, tengan presente la santidad del lugar...

DANIEL

(La presencia de ese hombre me vuelve al estado de condenación... ¡Oh! ¿dónde está mi madre? No viéndola, el odio me enardece, mi razón se nubla... Yo quiero matar á ese hombre, ó que él me mate á mí.)

JORDANA, *como queriendo llevarse á Daniel.*

Querido Marqués...

DANIEL

Déjeme.

JORDANA, *á Cruz.*

Yo creo que con una leal explicación...

CRUZ, *rechazándole con sequedad.*

¿Qué sabe usted?

LA HERMANA, *que entra presurosa por el claustro.*

Don Manuel, don Manuel, el Prior de San Francisco y seis padres... Dirigense á la iglesia.

JORDANA, *muy apurado.*

Avise usted... ¿Ha llegado mi familia?... ¿El niño...?

LA HERMANA

Arriba están, en el cuarto de la Superiora.
(*Vase la Hermana.*)

JORDANA, *inquietisimo, sin saber adónde acudir primero.*

Abajo, la madrina... los de la casa, arriba... los frailes, por allá... los convidados, en completa dispersión... el buffet, sin arreglar... éstos, con gana de pelea... (*Oyese repique de campanas.*) El Prior entró... ¡Adónde acudir!... (*Mirando á Cruz y á Daniel.*) ¿Y á mí qué? Mátense en buen hora. (*Entra presuroso en la iglesia. Cesa el toque de campanas.*)

ESCENA X

CRUZ, DANIEL

DANIEL

Señor Cruz, la casualidad ha vuelto á reunir-

nos. ¿Quiere usted que resolvamos nuestra querrela por la forma usual del duelo?

CRUZ

¡Estúpida forma la del duelo!

DANIEL

¿Pues cuál?... ¿Hay otra?

CRUZ

Sí; si le encuentro á usted en las inmediaciones de mi casa, le mato...

DANIEL

Pues iré prevenido, y bien podría suceder que le matase yo á usted. No, señor Cruz, eso es un duelo á estilo de salvajes...

CRUZ, *después de recapaci'ar.*

Pues corriente. Batámonos á estilo civilizado.

DANIEL

Bien.

CRUZ

Elija usted armas.

DANIEL

Elijalas usted. Yo no manejo ninguna. Lo mismo me da, pues siendo usted tan diestro en todas ellas, es seguro que me matará.

CRUZ

Así lo creo.